

Crítica de Arte

La pintura de Arturo Lorenzo

En «Península», sala de Exposiciones de la Librería de Arte que dirige hábilmente el poeta español Antonio Aparicio, exhibe Arturo Lorenzo un buen conjunto de telas. Advertimos algunas obras de temática paisista—la Meseta, Castilla, pueblecitos claros de cielo alto—semejantes a las expuestas en anteriores ocasiones. Claro es que aquí la técnica y la visión están más depuradas, el hacer revelar mayor espontaneidad, el cromatismo mayor profundidad y sentido de la abstracción.

El secreto de la pintura de Arturo Lorenzo—nos referimos a sus paisajes castellanos—reside en cierto modo en el hecho de que el impulso obra mediante el recuerdo y la evocación. Así la naturaleza, sin dejar de apoyarse fuertemente en la objetividad real y aparente, pierde su crudeza y se nimba en la poesía de la nostalgia.

Es decir, en estos paisajes permanece lo esencial. El arte de Lorenzo es, más que nunca, traslación al lienzo de representaciones psicológicas elaboradas y re-creadas en el recuerdo y en la distancia. Son estos unos paisajes carentes de temporalidad. (Ya en otra crónica he asimilado la visión plástica de Lorenzo a la literaria de Azorín y he tratado de demostrar por

qué son los pintores de su generación quienes pueden llevar la tela sensibilidad parigual a la del escritor levantino), *ahistóricos*—si se me permite la palabra—porque sus rasgos quedaron prendidos en un momento dado y ahora viven en la nostalgia, que es, desde luego, algo que permanece al margen del devenir dinámico del tiempo.

Mas, no es de esto de lo que queremos hablar, aun cuando ese aspecto nos atraiga sobremanera.

Queremos referirnos a las *naturalezas muertas*. Arturo Lorenzo da con ellas un salto atrás para emprender desde otro punto un nuevo derrotero. Ese punto de partida es la objetividad más humilde y sencilla. Humilde por la sumisión a la tiranía material de las cosas. Es decir, a la tiranía de las apariencias. Sencillez porque se desdeña en ellas la intervención de la fantasía y de la interpretación lírica.

Lorenzo no ha querido hacer otra cosa—a mi entender—que ganar el sentido de la plástica pura mediante un realismo que de absoluto y servil llega a lo mágico. Por medio de procedimientos imitativos y acentuadamente analíticos, llega a la abstracción y al estilo. Mediante la búsqueda afanosa de la *calidad* plástica de las cosas, se consigue una cierta atmosferización poética. La pincelada no es aquí la complacida reiteración pastosa y barroca que se advierte en algunos franceses—siempre sensualistas y con tendencia al hedonismo—.

Lorenzo es en esto más español. Sus naturalezas revelan una austeridad castellana. Hay estructuración. La atmósfera es seca, transparente y recorta los volúmenes con nitidez rotunda. Por eso no se advierte aquí, merced al milagro de la sobriedad, más que la periferia de las cosas, su esencial nervadura vital.

Esto es lo que nosotros queríamos destacar de la última exposición del español Arturo Lorenzo. Mucho más nos sugieren sus obras. Mas, con lo dicho basta y sobra para señalar el nuevo e interesante derrotero de su pintura.